

El legado de la Reforma Protestante en América Latina: riesgos, desafíos y oportunidades

Fraternidad Teológica Latinoamericana

Harold Segura

Lima, 4 de julio de 2017

Al Dr. Padilla mis agradecimientos por su contribución, tanto por la redacción de la ponencia escrita como por la exposición de hoy. Gracias de igual manera a los organizadores del foro, al Dr. Bullón y a los demás miembros de su equipo de trabajo por permitirme leer por anticipado la ponencia de René y darme el privilegio de ser uno de los reactivos. Es un honor compartir la mesa junto a René y a Nancy, dos personas a las que admiro, respeto y considero maestro y maestra.

Leí la ponencia con atención y, como he sido profesor de homilética, tengo la manía de observar los esquemas de las presentaciones y la forma como se desarrollan los pensamientos de una exposición. Eso hice en esta ocasión no solo por el esquema en sí, sino porque en esa forma de organizar las ideas encuentro una propuesta de ecumenismo muy novedosa. Primero, en la introducción se presentan algunos de los grandes cambios religiosos en el continente y se señala que esos cambios hacen valioso el legado de la Reforma tanto para la Iglesia católica como para las iglesias evangélicas. Después se reseña el legado de la Reforma para la Iglesia Católica y se explica que ha habido una acogida a las propuestas reformadas, tanto como un rechazo. Después, se menciona el legado de la gesta reformada para las iglesias evangélicas y, al final, se reflexiona sobre la naturaleza y misión de la Iglesia. En esta reflexión final, el Dr. Padilla destaca las contribuciones misionológicas que ha hecho el Movimiento de Lausana y en particular la Fraternidad Teológica Latinoamericana.

Ese esquema general de la ponencia se desarrolla alrededor de una tesis implícita; a ella me quiero detener en mi reacción: afirma que el legado de la Reforma apela a la conversión tanto de la Iglesia Católica como de las iglesias evangélicas (tesis #1 de Lutero). Para nuestro expositor hay cuatro legados fundamentales de la gesta del siglo XVI, a saber: el lugar de las Escrituras, la soteriología, el sacerdocio universal de todos los creyentes, y la naturaleza y misión de la Iglesia. En esos cuatro asuntos, por igual, necesitamos convertirnos.

René dice: “La pregunta que tenemos que hacernos hoy es hasta qué punto *el pueblo cristiano latinoamericano en general, sea católico romano o evangélico*, se ha apropiado de ese legado y hasta qué punto es urgente que este pueblo reconfirme su compromiso con “el santísimo

evangelio de la gloria y de la gracia de Dios” y sus implicaciones prácticas en relación con la vida y la misión de la Iglesia de Jesucristo”.

Agradezco y admiro esta forma de exponer el legado de la Reforma porque no ha sido así como los evangélicos nos hemos acercado a ella. Nuestro enfoque tradicional ha sido que quien debe cambiar es la Iglesia Católica porque nosotros ya lo hicimos en el siglo XVI. De esta manera se perpetúa el distanciamiento ecuménico, se fomenta el triunfalismo evangélico y llegamos a creer que las disputas del siglo XVI deben ser las mismas del siglo XXI, que no hay diferencia entre el papa León X y Francisco y que nuestros actuales telepredicadores son la encarnación del Dr. Martín Lutero.

Me voy a concentrar en el aspecto ecuménico o interconfesional por considerarlo urgente y necesario en América Latina. La unidad cristiana es, en mi opinión, uno de los grandes desafíos de nuestra fe, y lo ha sido desde el mismo siglo XVI si recordamos que Lutero tampoco fue un “campeón” en estos temas. Al final de su vida, por ejemplo, consideraba que era imposible la unión con Roma. También se expresó con desprecio hacia los judíos e igual hizo con los musulmanes cuando escribió contra los turcos. Y ni qué hablar de sus conocidas controversias y persecuciones contra los anabautistas (a propósito, nosotros cuatro: René, Nancy, Nicolás Pannoto que es el moderador de la mesa y quien les habla somos bautistas de “linaje anabautista”).

Al respecto de la unidad, el cardenal Kasper, a quien Nancy y yo tuvimos el honor de conocer en Buenos Aires en el año 2000 en un diálogo entre católicos y bautistas, dice: “La unidad está hoy más cerca que hace quinientos años. Ya ha comenzado. En 2017 no estaremos, como en 1517, en camino hacia la separación, sino en camino hacia la unidad. Si tenemos valentía y paciencia, no quedaremos defraudados al final. Nos frotaremos los ojos y contemplaremos asombrados lo que el Espíritu de Dios ha logrado, quizá de manera muy distinta de lo que nosotros imaginábamos. En esta perspectiva ecuménica, 2017 podría representar una oportunidad para los cristianos tanto evangélicos como católicos. Deberíamos aprovecharla. Eso haría mucho bien a las dos Iglesias, al igual que a numerosas personas que lo esperan e incluso al mundo, que especialmente hoy necesita nuestro testimonio común”.¹

El reto es el acercamiento ecuménico a favor de la transformación social y la búsqueda de un mundo más justo; la clave podría ser el encuentro ecuménico que nos propone René: encontrarnos por lo que nos falta, por la necesidad compartida de convertirnos a Jesús y al “santísimo evangelio de la gloria y de la gracia de Dios”, como lo llama Lutero en sus 95 tesis.

¹ Kasper, Walter. MARTÍN LUTERO. Una perspectiva ecuménica (ST Breve) (Spanish Edition) (Kindle Locations 514-

Entonces, leyendo y escuchando a René se me ha ocurrido pensar en la necesidad de un *ecumenismo de conversión*. No de regreso, como el que a veces han impulsado algunos sectores del catolicismo, ni de autosuficiencia, como el que han practicado muchos evangélicos. Se me ocurre tomar prestada la expresión de Gianni Vattimo, el filósofo italiano, quien habla del pensamiento débil, pues yo me atrevo a proponer un *ecumenismo débil*, en el que las partes se acerquen por el reconocimiento de aquello que les falta a todas las partes (en esto consiste la debilidad) y no se sigan distanciando por aquello que creen que le hace falta al otro (ecumenismo fuerte).

El Dr. Padilla menciona un buen ejemplo de este ecumenismo fuerte, la *Dominus Iesus* (Declaración del 2000). Allí se dice que no somos Iglesias. Y ni qué citar textos evangélicos peores que la *Dominus Iesus* donde se dice que la Iglesia Católica no solo no es la verdadera Iglesia, sino que es la Ramera del Apocalipsis.

El legado de la Reforma para un ecumenismo débil es enorme. Al fin y al cabo, Lutero no perseguía la renovación de la institución católica, sino “la renovación de la iglesia universal”. “La aspiración de Lutero era hacer valer el evangelio de la gloria y la gracia de Dios, *quod est maximum*, porque es lo más importante”.² De allí que el cardenal Kasper diga que “Lutero era un reformista, no un reformador. No pensaba en convertirse en fundador de una separada Iglesia de la Reforma. Su meta era la renovación de la Iglesia católica –es decir, de todo el cristianismo– desde el Evangelio. Como muestran sus cartas tempranas, lo que le importaba a Lutero era el conocimiento de Cristo (*cognitio Christi*) y el *solus Christus*.”³

La unidad, vista así, es una oportunidad que nos ofrece la Reforma para encontrar una nueva manera de ser iglesias en América Latina: somos iglesia a partir de nuestra relación con Jesucristo y nos entendemos de una forma nueva en la Misión (ya sea integral, liberadora o como se le entienda), la diaconía y la responsabilidad social cristiana.

Entonces, René, a los cuatro asuntos fundamentales que mencionas, yo agregaría otro gran principio reformado que resume a los demás muy bien: *Ecclesia Semper renovanda et reformanda*: Iglesia en continua renovación y reforma”. En el centro de esa renovación está Jesús y la mejor forma de celebrar los 500 años es por medio de una fiesta cristológica (Heinrich Bedford-Strohm: presidente del Consejo de la Iglesia Evangélica de Alemania). Desde la perspectiva de este

² Kasper, Walter. MARTÍN LUTERO. Una perspectiva ecuménica (ST Breve) (Spanish Edition) (Kindle Locations 159-160). SalTerra. Kindle Edition.

³ Kasper, Walter. MARTÍN LUTERO. Una perspectiva ecuménica (ST Breve) (Spanish Edition) (Kindle Locations 168-171). SalTerra. Kindle Edition.

ecumenismo débil (o humilde y necesitado de conversión), podemos volver sobre los cuatro asuntos presentados por René y añadir algunos retos que tienen todas las iglesias en este momento:

El lugar de las Escrituras: comparto lo que se dice en la ponencia, que tenemos el reto de la exposición bíblica y la debilidad de las raíces bíblicas de la predicación. Estoy de acuerdo con esas aplicaciones homiléticas que mencionas, pero agrego una que, en mi opinión es aún más urgente: la relectura de las Escrituras. Aquí el reto no es tanto homilético, sino hermenéutico. Las lecturas hegemónicas, adultocentristas, patriarcales, homofóbicas, neoliberales piden a gritos una exégesis concienzuda, contextualizada y seria.

La soterología: comparto la preocupación que se expresa en la presentación por la salvación por medio de los diezmos y las ofrendas que difunde la mal llamada teología de la prosperidad con sus nuevas indulgencias, pero agrego una preocupación más de carácter soteriológico: una nueva comprensión de la salvación no solo en términos de vida en el más allá, sino de salvación entendida en el “más acá”. Salvación como salud y redención integral. ¿Qué significa tener salvación en esta América Latina plagada de tantos males e injusticias? Y ¿cómo explicar la doctrina de la expiación a las nuevas generaciones reacias ante la interpretación sacrificialista que heredamos desde Anselmo de Canterbury?. Este es un reto tanto para católicos como para evangélicos. Y, en este tema, considero que los evangélicos podemos aprender mucho de la comprensión holística de la salvación por parte de ilustres teólogos católicos.

El sacerdocio universal de todos los creyentes: comparto la preocupación por el nuevo clericalismo evangélico y por el abuso del poder por parte de muchos líderes eclesiales y de instituciones evangélicas. Los cuatro miembros de esta mesa creemos que los anabautistas avanzaron mucho más que la Reforma magisterial en este punto del sacerdocio universal. Ellos y ellas atacaron con mayor contundencia el clericalismo y democratizaron con mayor radicalidad el poder eclesial. Pero agrego algo más a esa crítica al nuevo clericalismo evangélico (y al ancestral clericalismo católico): primero dijimos que el sacerdocio universal se aplicaba para la diferencia entre clérigos y laicos; después, en las últimas décadas, hemos insistido que ese principio se aplica para superar las diferencias entre el ministerio de los hombres y de las mujeres. Pero hoy, los nuevos debates éticos y políticos nos lanzan nuevas preguntas por la inclusión de las minorías étnicas, personas con discapacidad, afrodescendientes, nuevas generaciones (niños, niñas, adolescentes y jóvenes) y minorías sexuales. La celebración de la Reforma no puede pasar por alto las preguntas que surgen de estos sectores.

La naturaleza y Misión de la Iglesia: René, no sé si notaste, pero a esta sesión final le dedicaste seis páginas, de un total de 30. Con emoción destacas las contribuciones del Pacto de Lausana de 1974, las del Compromiso de Ciudad del Cabo del 2010 y los aportes de la FTL por más de 45 años. Pero, René, en este último asunto tengo una preocupación que ya te he planteado en otros momentos: la Misión Integral necesita hoy volver a pensar su marco teológico y su propuesta pastoral a la luz del nuevo contexto latinoamericano, que no es el de los años 70, ni 80; a la luz de las nuevas teologías que siguen surgiendo en nuestra Región y en el mundo y, sobre todo, a la luz del ascenso electoral del movimiento evangélico de América Latina (hablo de Colombia, Perú, Panamá, Brasil y otros países) y la vergüenza política que ocasiona escuchar a estos evangélicos discurrir sobre el acontecer político de sus países. René, en forma sucinta te planteo mi preocupación: La Misión integral no puede seguir haciendo historia, sino que le urge también hacer teología actualizada y proponer acciones pastorales que superen nuestro conocido asistencialismo evangélico. La sentencia luterana ya citada: *Ecclesia Semper renovanda et reformanda*: Iglesia en continua renovación y reforma, debe tocar las puertas de la Fraternidad Teológica Latinoamericana y de quienes nos consideramos hijos e hijas de ella. Este reconocimiento sería, para muchos de nosotros, la mejor manera de celebrar la fiesta de los 500 años. Se trata de que con los cimientos de la Reforma pensemos la Misión superando la autorreferencialidad y entendiendo la Misión de formas nuevas y más profundas. Como dijo Lutero en La Dieta de Worms (1521): ¡Que Dios nos ayude!